



Un escritor

VERONÉS

para la profe de

FRANCÉS



ANA ÁLVAREZ



¿Será cierto que la realidad puede superar a la ficción y sí es posible vivir una historia de amor aún más hermosa que la que Stefano está escribiendo de la mano de una desconocida?

Hijo de una familia donde el papel del hombre y la mujer están claramente separados, Stefano Conte, famoso escritor de novela romántica, publica siempre bajo seudónimo. Cuando Adonis Tours, una agencia de viajes española, le ofrece un puesto como guía, se instala en Madrid huyendo de los suyos para proteger su secreto.

Abril es una voraz lectora de novela romántica. Tras un desengaño amoroso que no termina de superar, decide ponerse en contacto con su autor favorito, Steve Norton, para pedirle que escriba un final mejor a su desdichada historia.

Picado por la curiosidad, Stefano decide aceptar y, en su afán de ahondar más en su protagonista, urde un plan para conocerla. Pero ¿es el personaje quien le ha cautivado, o la mujer con la que se cruza correos electrónicos llenos de intimidades?

«Una casa en la Latina, en el corazón de Madrid, y cinco extranjeros con dos cosas en común: su altura y la necesidad de buscar un nuevo hogar. Adonis Tours narra las alocadas historias de estos cinco hombres que forjan su amistad a base de viajes, bromas y confidencias».

Índice de contenido

Cubierta

Un escritor veronés para la profe de francés

Dedicatoria

Oferta de trabajo

Prólogo serie Adonis Tours

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Epílogo

Sobre la autora

Notas

Puesto que el protagonista de esta historia es un escritor de novela romántica, la dedicatoria solo puede ser para el equipo en la sombra que acompaña al autor y hace que la novela sea mejor. Para Lola, mi editora, que se lee los capítulos de madrugada porque no le da la vida para más; para Laura, que me pone las comas en su sitio y se encarga de que mis novelas salgan sin un exceso de adverbios terminados en -mente; para Almudena, que me recuerda cuánto puede beber un hombre o una mujer sin dar positivo en un control de alcoholemia, y otros despistes similares; y para el resto del equipo que nunca se ve, pero que está detrás de cada libro.

Oferta de empleo



Turistea junto a un coloso y... ¡enamórate del mundo!

Adonis Tours es un touroperador puntero con base en Madrid, especializado en circuitos a todos los continentes, visitas guiadas, talleres, actividades al aire libre y mucho más.

Básicamente, sabemos hacer de todo y, encima, somos muy muy altos.

Buscamos a cinco Adonis internacionales que midan más de un metro ochenta, con castellano fluido y que sepan mover bien las neuronas, para incorporarse a un equipo dinámico y con ganas de innovar. No se necesita experiencia previa, solo tener «altas miras»...

¿Lo has pillado? Pues suéltalo, que da calambre.

Alojamiento proporcionado por Adonis Tours y contrato indefinido tras el periodo de prueba. Salario a convenir, pero tampoco te pases pidiendo, ¿eh?

¿Quieres ser un chico Adonis? ¡Contáctanos!

Prólogo

serie Adonis Tours

*M*es de Abril

Me bajé del avión en la terminal cuatro del aeropuerto de Madrid Barajas, renombrado recientemente como Adolfo Suarez, con paso ligero. Iba dispuesto a vivir una especie de aventura durante la siguiente etapa de mi vida en la capital española y lejos de mi Verona natal.

Soy de natural tranquilo y poco dado a cometer actos impulsivos, pero un mes atrás llegó a mis manos el anuncio de un touroperador español que, de entrada, me pareció divertido y original, y después de sopesarlo con calma, una solución a mis problemas. O al menos, un aplazamiento. En él se solicitaban hombres de más de metro ochenta de estatura y que hablasen castellano fluido, para realizar circuitos, visitas guiadas, talleres, y una serie de actividades que aún no tenía muy claras, en el sector turístico. También ofrecían alojamiento gratuito en lo que parecía una especie de hotel o residencia provista de lujos y comodidades a las que no estaba acostumbrado. Según el folleto que me enviaron, aunque carente de fotografías, dispondría de habitación individual con baño y acceso ilimitado a zonas comunes de estar y comedor, cocina, gim-

nasio, solárium con piscina, lavandería... Todo un lujo para quien, como yo, vivía en la casa familiar de Verona, anticuada y con pocas comodidades modernas. Para ser más explícito, ocupaba la buhardilla de la misma con el fin de tener un poco más de intimidad, pues escribía hasta altas horas de la noche en un ordenador cuyo contenido estaba celosamente protegido por contraseña.

De modo que no me lo pensé dos veces y decidí probar suerte, aunque sabía que la decisión, si mi currículum resultaba aceptado, supondría una conmoción en mi familia. Porque en mi familia, llena de varones, nadie se iba lejos, porque todos somos, o eso dicen, unos *mammoni*. Y no, no pensemos mal, porque la palabreja no es lo que parece en castellano, sino que tiene el significado de «madrero» en este idioma. Muchos de los hombres italianos lo son. En mi familia todos, menos yo, que estaba deseando irme lejos una temporada... o para siempre.

Stefano Conte es mi verdadero nombre, el que mi familia me impuso en la pila bautismal, pues pertenezco a una familia italiana tradicional, católica y practicante. De las de ir a misa cada semana, ver la oración dominical del Papa en la tele y mencionar a Dios a menudo. También machista, muy machista. Mi madre era la primera que no toleraba que ni mi padre ni ninguno de sus cuatro hijos, entre los que me incluyo, realizara la más mínima tarea doméstica. En mi familia había cosas de hombres y cosas de mujeres y, por desgracia para ellos, yo nací con una sensibilidad que molestaba al resto de varones Conte: padre, hermanos y dos primos que se consideraban recios mozos italianos, cuya primera prueba de hombría, recién estrenada la pubertad, consistía en acercarse a la Casa de Julieta y pellizcar hasta lastimarse los dedos el famoso seno de la estatua con la esperanza de dejar mella en el bronce. Yo lo llamaba seno; ellos teta y, por supuesto, jamás lo pellizqué. Ahí estaba la primera diferencia entre nosotros. La segunda era la sensibilidad. Ellos dejaron los estudios

muy jóvenes para trabajar en el hotel familiar situado en una céntrica calle de Verona, y aprovechar cualquier ocasión para ligar con las huéspedes que se prestaran a ello. Sin embargo, yo continué estudiando, sobre todo idiomas: inglés y español. Nadie se opuso a ello, puesto que sería beneficioso para el negocio familiar. Desde niño me gustó escribir, afición que mi padre tildó de cursilada impropia de un hombre y trató de «corregir» a base de trabajos duros que me dejaban agotado. La oveja negra de la familia; ese era yo, Stefano Conte.

Luego estaba mi otro nombre, Steve Norton, por el que me conocía el resto del mundo con excepción de parientes y personas cercanas, porque amigos no tengo. Con este segundo firmaba las novelas románticas que empezaban a hacerse notorias en plataformas digitales de todo el mundo. Era mi personalidad secreta, puesto que solo yo gestionaba mis escritos directamente con una editorial a nivel internacional con la que tuve la suerte de publicar desde el principio.

Mi familia jamás entendería que me ganase la vida escribiendo historias de amor, ni siquiera que creyera en el amor. Opinaban que las parejas debían formarse por afinidad o por conveniencia, y Cupido no tenía nada que hacer a la hora de generar un matrimonio feliz. Yo pensaba otra cosa, por supuesto, pero, por mi carácter tranquilo y poco dado a broncas y discusiones, mantendría la doble identidad mientras pudiese. Algo que cada vez resultaba más difícil al hacerme más y más conocido; no obstante, el dinero que había heredado de mi abuelo años atrás y del que, en teoría, vivía aún —pues no trabajaba en el hotel familiar a tiempo completo, sino en contadas ocasiones como traductor o guía para turistas ingleses o españoles—, terminaría por acabarse y debería confesar la verdad. Por muy buen administrador que fuera, que lo soy, nadie se tragaría que viviese eternamente de la modesta cantidad recibida. Pagaba a mi madre por techo y comida una

cantidad mensual no muy elevada pero, aun así, tarde o temprano se descubriría que contaba con otra fuente de ingresos.

El enfado de mi padre no tendría parangón y las burlas de mis hermanos y primos serían apoteósicas. No es que a mis treinta y cuatro años no tenga el valor de enfrentar a mi familia, sino que prefería evitar los desafíos en la medida de lo posible. Por eso, cuando cayó en mis manos el anuncio de Adonis Tours, vi la posibilidad de pasar una temporada en España y seguir manteniendo la farsa un poco más.

* * *

Una vez recuperada mi maleta de la cinta transportadora y con mi portátil al hombro, en cuyo maletín incluía la agenda donde anotaba cualquier cosa –y no exagero al decir cualquier cosa– que me pudiera servir para alguna de mis historias. Crucé el eterno recorrido de la terminal cuatro en busca de quien hubiera venido a recogerlos pues, según me habían informado, no sería el único chico Adonis en llegar aquella tarde, y el transporte hasta nuestra residencia corría a cargo del touroperador.

Los vi nada más cruzar la puerta de salida, porque dos hombres cuyas cabezas sobresalían por encima del resto no eran difíciles de localizar. Casi podía decir que yo, con mi metro ochenta y seis, era el más bajo de ellos. Aunque bajito bajito era el señor calvo que sostenía en sus manos el cartel con el nombre de Adonis Tours. Su cabeza sobrepasaba en muy poco la hebilla del cinturón de un gigante rubio de espesa melena que le caía sobre los hombros con descuidado desorden. Su aspecto contrastaba con el hombre que tenía al lado, altísimo también, pero negro como el ébano, de pelo corto y ensortijado y facciones agradables. Parecían el día y la noche, y el calvo en medio... tratando con desesperación de alzar la cabeza para

no mirarlos al lugar a cuya altura quedaban sus ojos, un lugar bastante incómodo de contemplar.

Me acerqué a ellos dispuesto a presentarme.

–Buenas tardes –saludé en castellano, puesto que supe que, si un requisito indispensable era el dominio de este idioma, todos debían entenderme–. Soy Stefano Conte.

–El italiano –dijo el calvo–. Sí. Yo soy Antonio Grande, el dueño de Adonis Tours. Bienvenido a nuestra pequeña, o gran familia, depende de cómo se mire. –Coreó sus palabras con una leve risita conejil–. Permite que te presente a tus compañeros. Erik Jakobsen y Dase Kassahum. Ellos vienen de Noruega y Etiopía respectivamente. Aún tenemos que esperar a otros dos Adonis más. Creo que el siguiente es Sean McArthur, cuyo avión procedente de Inverness ha aterrizado ya, según la pantalla de llegadas.

Nos estrechamos las manos, o la manaza si hablo de Erik. La mía se perdió entre sus dedos y temía que me rompiera los huesos si apretaba demasiado. Durante la espera iniciamos una conversación bastante incómoda con nuestro empleador, pues la diferencia de estatura era un verdadero inconveniente. En ocasiones tuve ganas de cogerlo en brazos para aliviar la rigidez que debía provocarle en el cuello la incómoda postura de mirarnos a la cara.

Nuestro jefe se veía cada vez más perdido en medio de nosotros. Parecía una aceituna en medio de grandes pepinillos, por hacer algún tipo de comparación.

–Me está preocupando Sean –dijo, consultando el reloj–. Su avión ha aterrizado hace casi una hora y aún no ha aparecido. Espero que no haya tenido ningún problema.

–Tal vez no nos ha localizado –dijo Erik–. ¿Me permites? –Con delicadeza le quitó de las manos el cartel de Adonis Tours y lo alzó sobre su cabeza, bien vivible a muchos metros de distancia.

–Quizás deberíamos acercarnos a preguntar si el avión ha aterrizado bien o sufre algún tipo de inconveniente –

propuse.

–Iré yo –se ofreció Dase–. ¿Cuál es su nombre completo?

–Sean McArthur, y su avión procedía de Inverness. En la pantalla de llegadas pone que aterrizó en hora.

Se alejó en dirección al mostrador de información. Mientras aguardábamos, escuchamos voces airadas y lo que, sin duda, eran insultos en todos los idiomas posibles. Al dirigir la mirada hacia el tumulto vimos a un auténtico gigante cubierto de tatuajes con rastas hasta media espalda que se abría paso como un elefante en una cacharrería entre la multitud. Portaba una enorme mochila en la espalda y una más enorme aún tabla de surf bajo el brazo, con la que golpeaba a diestro y siniestro a todos los que se cruzaban en su camino.

–¿Ese es uno de nuestros chicos? –preguntó Erik.

–Tiene toda la pinta –murmuré viendo el colorido grupo que formábamos. Ya solo nos faltaba que el escocés viniera vestido con un *kilt* a la antigua usanza–. Agita bien el cartel para que lo vea.

No hizo falta. El surfero ya nos había localizado y se dirigía hacia nosotros con paso rápido causando más estragos en su avance. Estaba seguro de que si no hubiera sido una auténtica montaña andante, se habría llevado algún que otro mamporro, pero los golpeados en su avance preferían apartarse de su camino lo antes posible.

Se detuvo jadeante, apoyó la tabla en el suelo por un momento, tendió una mano capaz de aplastar el seno de Julieta con un roce y dijo a modo de saludo:

–Tangaroa Evaristo Waititi López. Tane para los amigos.

–En este momento tienes más enemigos que amigos –murmuró Erik–. No sabía que una tabla de surf pudiera ser un arma de destrucción masiva.

–¿Por qué lo dices?

–Porque has venido golpeando con ella a cuantos se te han cruzado en el camino.

–¿En serio? No me he dado cuenta, estaba tratando de localizaros. ¿Debo disculparme con alguien?

Se giró para mirar a su alrededor y nuestro jefe se libró de un tablazo por los pelos, pues esta escapó de la mano de Tane y pasó rozando su cabeza sin llegar a tocarle.

–Quédate quieto y tranquilito y controla ese trasto –ordenó este–. En cuanto aparezca el escocés podremos irnos.

–Estoy deseando –comentó Erik–. Quiero empezar a situarme en mi nuevo entorno cuanto antes. Todo esto es fascinante. –Miraba a su alrededor entusiasmado–. Tanta gente... tanto color y calor... Me encanta España.

El nórdico venía pertrechado para el polo norte, pues en sus brazos llevaba varias prendas de abrigo que se había quitado quedándose solo con una camisa de cuadros y el pantalón.

Dase regresó con cara seria.

–Me han dicho que el avión aterrizó en hora y que ya está vacío. Que los asientos estaban completos, y que nuestro chico se encontrará en algún lugar de la terminal. Van a tratar de localizarlo por megafonía.

En aquel mismo instante se escuchó a todo volumen:

«Señor Sean McArthur, le esperan en puerta de salida junto a los accesos al metro.»

Nos dirigimos al lugar indicado, con el cartel de Adonis Tours bien visible sobre nuestras cabezas. El anuncio se repitió varias veces en la siguiente media hora sin que nadie apareciera.

–¿Tienes alguna necesidad urgente? –preguntó nuestro jefe al ver a Tane pasar inquieto el peso de una pierna a otra.

–No es eso. Estoy cansado, he salido muy temprano y llevo muchas horas de vuelo desde Australia.

Yo no tenía prisa, había sacado mi agenda del maletín del portátil y tomaba notas de cuanto me rodeaba. De la señora que precedía al marido cargado de maletas mientras ella apenas llevaba un bolso, del variopinto grupo de adolescentes que parecían encontrarse en viaje de estudios, y de las cuatro mujeres que esperaban a alguien llenas de euforia. No tenía claro si estas anotaciones las utilizaría en una novela, era muy posible que sí. En más de una ocasión, apuntes de este tipo me habían servido para escenas de relleno o me sacaron de un bloqueo.

Veinte minutos más tarde, cuando ya desesperábamos de encontrar a nuestro compañero y pensábamos en marcharnos, la chica que había informado a Dase se nos acercó y se dirigió a él.

—¿Aún no han localizado a su amigo?

—No.

—Me acaban de llamar para informarme de que hay un señor tocando una gaita en una de las puertas, y recibiendo dinero a cambio. Está prohibida la mendicidad en todo el recinto del aeropuerto; tal vez prefieran ir a comprobar si es él antes de que avise a seguridad.

—¿Creéis que puede ser? —preguntó Dase, mirándonos.

Yo me encogí de hombros y paseé la mirada por todos nosotros. Por el gigante que portaba una tabla de surf, por el coloso rubio que no hacía más que quitarse ropa, al paso que iba llegaría al alojamiento en calzoncillos. También por el africano de traje impecable y, al fin, por nuestro diminuto jefe.

—No me extrañaría nada —murmuré—. Vayamos a comprobarlo.

—Alguien debería quedarse aquí, por si no es nuestro hombre y este aparece.

—¡Yo me quedo! —se ofreció Erik.

—Tane y su tabla también —decidió nuestro jefe—. Ya tenemos bastante con que seguridad busque a uno de vo-